

¿Un auténtico espacio africano? Urbanismo e imaginarios en el valle del Níger: el caso de Yenné-Yeno

Luis Alberto Lugo Amador, Ph. D.

Un humano podrá morar en algún fragmento de la ciudad... pero nunca en la ciudad, ya que la ciudad es un medio trascendente a la capacidad humana de desplazarse y de actuar.
Alejandro Miróli

La ciudad es, sin duda, una entidad paradójica. Por un lado, representa un fenómeno innegablemente universal, pero simultáneamente cada entorno geográfico-social le imprime a la ciudad un sinnúmero de características particulares. Por eso podría parecer reduccionista hablar de ciudades europeas, de ciudades africanas o de ciudades latinoamericanas. Evidentemente, lugares como África o Europa no constituyen entornos homogéneos, sino extensas, complejas y extremadamente heterogéneas bases sobre las que se desarrollan un alto número de experiencias sociales, políticas y económicas. En el caso de África, éstas pueden variar desde las más primitivas (grupos de recolectores y cazadores) hasta las más modernas (sofisticados centros urbanos, como Johannesburgo o El Cairo). En este sentido, como advertí, puede ser problemático hablar del concepto de ciudad africana. Ahora bien, que resulte problemático no significa que deba eludirse, sino todo lo contrario. Resulta un desafío que se puede y se debe asumir, si bien evitando, en la medida de lo posible, las generalizaciones y tratando de identificar cualquier inconsistencia.

La historia de la ciudad en África tiene particular relevancia en la actualidad por una razón muy concreta: la dramática y acelerada urbanización que se vive en el continente. Tomemos el caso de Lagos, en Nigeria. Esta ciudad contaba con 39,000 habitantes en 1939,

con 230,000 en 1950, con 675,000 en 1962, con 1.2 millones en 1970.¹³⁵ Hacia el 2000 se le estimaban unos seis millones, y se espera que hacia el 2010 rebase los doce millones. Patrones similares, si bien menos dramáticos, han imperado en Dakar, en Cotonou, en Kinshasa y en casi todos los centros comerciales y administrativos del continente. El hecho de que buena parte de los problemas sociales de África se identifiquen como urbanos debería servir de acicate para una mejor comprensión de la historia de las ciudades en el llamado continente negro. A pesar del auge que los estudios urbanos han venido experimentando desde la década de 1960, el caso africano ha sido tradicionalmente pasado por alto, debido, según explican Anderson y Rathbone, a que para muchos estudiosos el urbanismo en África es un fenómeno reciente y "desafricanizante".¹³⁶ Es decir, que la ciudad, como paradigma de la modernización, ha servido para desmontar las bases de una África que tradicionalmente se ha imaginado como tribal, rural y pre-industrial. Las ciudades, según esta perspectiva, serían los laboratorios donde África está siendo "destribilizada". Son, pues, aberraciones que representan rupturas radicales con un pasado idealizado.¹³⁷ Nada podría estar más lejos de la realidad. Afortunadamente, esta tendencia comenzó a remitir en la década de 1980, siendo lentamente sustituida por una perspectiva más innovadora, fundamentada en la "nueva historia social".¹³⁸ Actualmente esta orientación continúa creciendo, si bien a un ritmo que todavía no está a la altura de la multiplicidad de experiencias que ofrece el mundo urbano africano. Es por eso que me parece importante que los estudiosos no eludan del todo el concepto de "ciudad africana" y las posibles clasificaciones que podrían hacerse a partir del mismo, con todas las salvedades, comillas y paréntesis que este proceso entraña.

Catherine Coquery-Vidrovitch, reconocida africanista y profesora de la Universidad de París, ha agrupado las ciudades africanas en cuatro categorías distintas, a las que ha

¹³⁵David M. Anderson y Richard Rathbone (eds.), *Africa's Urban Past* (Oxford, Gran Bretaña: James Currey, 2000), 8.

¹³⁶Ibid.10.

¹³⁷Ibid.

¹³⁸Podría decirse que, desde la perspectiva de la "nueva historia social", los trabajos pioneros del mundo anglófono fueron los de Charles van Onselen (*Studies in the Social and Economic History of Witwatersrand, 1886-1914* (Johannesburgo, Sudáfrica: Ravan Press, 1982) y Frederick Cooper (*Struggle for the City: Migrant Labor, Capital and the State in Urban Africa* (Beverly Hills: Sage, 1983). Ver Anderson y Rathbone, 10-11. Desafortunadamente, éste es un campo que apenas ha sido tocado por estudiosos hispanófonos.

llamado, respectivamente, antigua, árabe-islámica, europea y colonial.¹³⁹ Las ciudades antiguas, según ella, fueron las que surgieron desde la primera expansión de la agricultura hasta finales de la Edad de Hierro. Entre éstas destacan Meroë, Axum, Yenné-Yeno y el Gran Zimbabwe.¹⁴⁰ En algunos casos, como los de Meroë y Axum, las influencias externas, principalmente egipcias, griegas y del Medio Oriente, pueden ser evidentes, mientras que en el de Yenné-Yeno, como veremos más adelante, las mismas son más limitadas. Las ciudades árabe-islámicas, por su parte, fueron las que surgieron a raíz de los contactos económicos y culturales con el Islam y/o con el mundo árabe, particularmente en el Sahel y en la llamada costa swahili (desde Somalia hasta Mozambique). En este sentido, urbes como El Cairo, Trípoli, Kairuán, Argel, Fés y otras del norte del continente no serían consideradas por Coquery-Vidrovitch como ciudades africanas de categoría árabe-islámica, sino como ciudades islámicas que sirvieron como irradiadoras de cultura árabe-bereber-musulmana hacia el resto de África.¹⁴¹ Las ciudades de categoría europea, pero que personalmente denominaré euroafricanas, por capturar mejor el concepto que la africanista pretende esbozar, fueron las que surgieron entre la segunda mitad del siglo XV y el siglo XVIII, a raíz de los primeros contactos entre los pueblos autóctonos y los exploradores y mercaderes procedentes de Portugal y de otros países europeos, sin que necesariamente mediase una dependencia política o jurídica con respecto a Europa (pueden ser los casos de Elmina, Gorée, Porto Novo, Kumasi, Mombasa y Gondar).¹⁴² Finalmente, se encuentran las ciudades coloniales, es decir, las creadas como resultado directo del colonialismo europeo, que servirían, particularmente a partir del siglo XIX, como centros administrativos. Algunas ciudades coloniales, como Nairobi y Nouakchott, fueron creadas de la nada, mientras que otras se desarrollaron sobre asentamientos de origen antiguo, musulmán o euroafricano, sufriendo importantes transformaciones.¹⁴³ Siguiendo estrictamente el esquema de Coquery-Vidrovitch,¹⁴⁴ la ciudad de Yenné-Yeno, de la que me ocuparé en esta ponencia,

¹³⁹Catherine Coquery-Vidrovitch, *The History of African Cities South of the Sahara. From the Origins to Colonization* (Princeton, NJ: Markus Wiener Publishers, 2005), 26-28.

¹⁴⁰Ibid., 29-87.

¹⁴¹Ibid., 89-134.

¹⁴²Ibid., 135-204.

¹⁴³Ibid., 207-316.

¹⁴⁴Existe también el esquema desarrollado por Anthony M. O'Connor, según el cual existen seis tipos de asentamientos urbanos africanos: 1) autóctonos (surgidos bajo poca o ninguna influencia extra-africana); 2) musulmanes (surgidos a raíz de los contactos con el Islam); 3) coloniales (creados por los europeos

corresponde a la categoría antigua, si bien no estuvo inmune a posteriores influencias islámicas, con repercusiones importantísimas, como tendré oportunidad de explicar.

Yenné-Yeno, que en lengua djenneké significa "antigua Yenné", se encuentra en una extensa región de sabanas reseca conocida como el Sahel, que forma la orilla meridional de ese gigantesco mar de arena y rocas que es el Sahara, constituyendo además una especie de transición del mundo desértico al mundo de sabanas y bosques que se encuentra inmediatamente al sur. Precisamente la palabra "sahel" procede del árabe "sahil", que significa "costa" o "frontera".¹⁴⁵ Aunque el Sahel se extiende a lo largo de unos cinco mil kilómetros, desde Senegal hasta Eritrea, mucha gente identifica la franja principalmente con lo que sería su región occidental, que cubre buena parte de las actuales Senegal, Mauritania, Malí, Burkina Faso, Níger, Nigeria y Chad. El Sahel occidental fue escenario de gloriosos estados imperiales como Ghana (o Wagadú), Takrur, Malí y Songhay, que generaron un particular conjunto de civilizaciones.¹⁴⁶ Fue también testigo de una intensa islamización, que sin embargo integró numerosos aspectos de las religiones tradicionales de los pueblos negros. Sin embargo, lo que verdaderamente define al Sahel occidental es el poderoso río Níger, que cruza una parte importante de la región, formando un extenso delta interior que, desde una perspectiva histórico-social, constituye el centro nervioso del territorio. Precisamente en la zona del delta interior, antesala de la llamada curva del Níger, los arqueólogos han encontrado huellas de asentamientos urbanos que en muchos casos superan los dos mil años.¹⁴⁷

principalmente como centros administrativos); 4) segregados (ciudades creadas para los europeos mediante el establecimiento de una segregación legal, como Nairobi, Salisbury/Harare y Johannesburgo); 5) ciudades gemelas (formadas por dos centros originales distintos, como Khartoum/Omdurman); 6) las que de forma híbrida combinan dos o más de las características anteriores. Las numerosas tangencialidades entre las ciudades coloniales, segregadas e híbridas, o entre las gemelas y las demás, me hacen preferir el esquema desarrollado por Coquery-Vidrovitch. En todo caso, ver Anthony M. O'Connor, *The African City*, Londres: Hutchinson University Library for Africa, 1983.

¹⁴⁵ A su vez, la palabra árabe "sahara" significa "desierto".

¹⁴⁶ Este recuerdo se manifestó políticamente tan pronto algunos países de África occidental obtuvieron su independencia; por ejemplo, 1957 la antigua colonia británica de Costa de Oro reivindicó el nombre de Ghana, mientras que en 1960 el Sudán francés se autoproclamó como la República de Malí.

¹⁴⁷ Conjuntamente con los restos de asentamientos encontrados en las orillas de los afluentes del lago Chad, los del delta interior del Níger constituyen los más antiguos descubiertos hasta ahora en el Sahel occidental, y los segundos más antiguos descubiertos en toda el África occidental, siendo únicamente superados por los detectados por Patrick Munson en el valle de Tichit (Mauritania sudoriental), con más de tres mil años de antigüedad. Para mayor información, ver las publicaciones de Roderick J. McIntosh y Susan Keech McIntosh, entre las que destacan "The Inland Niger Delta Before the Empire of Mali: Evidence from Jenne-Jeno", *Journal of African History*, núm. 22, 1981; "Archeological Reconnaissance in the Region of Timbuktu", *National*

Esto significa que desde mucho antes de la formación de los grandes imperios sahelianos o de la llegada de los musulmanes al norte de África, el delta interior del Níger era una zona de numerosos asentamientos y de intensos movimientos comerciales, con conexiones mediterráneas. De cualquier forma, el establecimiento del poder islámico en el norte del continente, y particularmente en el Magreb, estimuló, a partir del siglo VIII, la creación o reavivamiento de una serie de rutas comerciales entre el Sahara, el Sahel y las boscosas tierras subsahelianas, que, en términos muy generales, cumplían con dos funciones principales: transportar oro, marfil y esclavos hacia las costas mediterráneas y transportar sal hacia el sur. Fue esta coyuntura la que permitió el desarrollo de los llamados estados imperiales de los pueblos de lenguas mandé, que en realidad fueron confederaciones formadas por unidades políticas llamadas “kafus.”¹⁴⁸

Yenné-Yeno es una de las ciudades más antiguas del Sahel occidental. Sus ruinas se encuentran en la región del delta interior del Níger, a unos tres kilómetros al suroeste de la moderna ciudad de Yenné (o Djenné), en la República de Malí. Se le menciona poco en la literatura universal, e incluso en los *tarikhs* (relatos históricos escritos en árabe) elaborados por los cronistas musulmanes del período medieval. De hecho, cuando se le menciona, suele ser confundida con la nueva Yenné, lo cual debió generar cierta confusión entre los lectores. Una excepción a esta regla la constituye Abd al-Sadi, nacido en la nueva Yenné pero establecido en Timbuktú, donde fungió como imam y letrado. A mediados del siglo XVII,

Geographic Research, (Washington,) núm. 2, 1986. Más reciente aún es la excelente obra de Roderick McIntosh: *Ancient Middle Niger. Urbanism and the Self-Organizing Landscape* (Cambridge, Gran Bretaña: Cambridge University Press, 2005). Ver también Basil Davidson, *Africa in History. Themes and Outlines* (Nueva York: Touchstone, 1995), 88-89, y Roland Oliver, *The African Experience: From Olduvai Gorge to the 21st Century*, 2da. ed. (Boulder, Colorado: Westview Press, 2000), 103-104. Existe una controversia en torno a si estos asentamientos fueron realmente aldeas o proto-ciudades. Algunos estudiosos, incluyendo al propio Munson, han utilizado el término "aldeas fortificadas".

¹⁴⁸El kafu era una comunidad de entre mil y 15 mil personas (aunque en casos excepcionales podía alcanzar e incluso rebasar los 50 mil individuos) que vivían en un poblado grande y en las aldeas aledañas al mismo. Cada kafu estaba gobernado por un jefe conocido como “fama,” que ejercía simultáneamente la autoridad secular y la religiosa. Cuando los famas de varios “kafus” reconocían la hegemonía de un fama particular, éste se convertía en un “mansa,” que significa literalmente "conquistador". Se trataba de una especie de "rey de reyes", es decir, de un emperador, aunque ciertamente no se trataba de un gobernante absoluto (como el término "emperador" puede implicar), pues cada fama retenía un sinnúmero de atributos dentro de su kafu. Sin embargo, si el mansa perdía poder, los famas podían dejar de pagarle tributos, lo cual significaba el fin de la autoridad imperial en ese kafu. Es probable que los kafus fuesen los sucesores de las ciudades-estado existentes desde finales del primer milenio antes de la era cristiana. Roland Oliver y Anthony Atmore, *Medieval Africa, 1250-1800* (Cambridge, Gran Bretaña: Cambridge University Press, 2001), 62. Ver también Roland Oliver y Brian M. Fagan, *Africa in the Iron Age, c. 500 B.C. to A.D. 1400* (Cambridge, Gran Bretaña: Cambridge University Press, 1990), 62, 163.

al-Sadi escribió su célebre *Tarikh es-Sudan* ("Historia de los pueblos negros"), en que se refiere a la nueva Yenné como una de las grandes ciudades-mercado del mundo islámico, añadiendo que la misma fue fundada en el siglo VIII. Sin embargo, es muy categórico al afirmar que esa fundación no corresponde a la ciudad contemporánea, sino a su antecesora, la antigua Yenné.¹⁴⁹ Durante siglos, los lectores de esta crónica, tanto árabes como europeos, dudaron de ese dato, pues no podían aceptar que creaciones culturales tan sofisticadas como la ciudad o el estado pudieran surgir en el África subsahariana antes de que sus habitantes entrasen en contacto con los civilizados pueblos del norte del continente. Sin embargo, la realidad es que al-Sadi se quedó muy corto en su estimación. Según la evidencia que recopilaron los arqueólogos norteamericanos Roderick y Susan McIntosh, la presencia humana en el asentamiento comenzó alrededor del siglo III antes de la era cristiana.

Yenné-Yeno y los demás asentamientos que le rodean fueron el resultado de una combinación de factores: por una parte, el área entre el sur del Sahara y el Sahel comenzó a experimentar una intensificación en el proceso de desertificación en el que todavía se encuentra; por la otra, la región del delta interior, que originalmente había sido un lago, se reseco lo suficiente como para permitir asentamientos sobre sus fértiles suelos.¹⁵⁰ La desertización obligó a miles de pastores a mudarse hacia el sur, en búsqueda de suelos aluviales y de fuentes acuíferas más abundantes. Muchos de éstos terminaron estableciéndose en el delta interior, donde fundarían cientos (y quizás miles) de asentamientos, agrupados muy cerca unos de otros. En estas "ciudades agrupadas" (*clustered cities*, como les ha llamado Roderick McIntosh) los individuos se dedicaron no sólo al pastoreo, sino a la pesca, al cultivo y al comercio.¹⁵¹ La evidencia demuestra que desde muy temprano los habitantes de los asentamientos del Níger utilizaron herramientas de hierro, de modo que debieron haberse embarcado en actividades comerciales con pueblos mediterráneos, a través de las llamadas "rutas de los carros de guerra", relacionadas con el comercio cartaginés y temprano-romano. Asimismo, se han encontrado al menos dos collares de origen romano o helenístico.¹⁵²

¹⁴⁹R. McIntosh, *Ancient Middle Niger*, 6-7.

¹⁵⁰Para más información, ver *Ibid.*, 45-100.

¹⁵¹*Ibid.*, 101-143.

¹⁵²*Ibid.*, 175-176.

Según Roderick McIntosh, los habitantes de las ciudades del Niger compartían una cultura similar y hablaban lenguas del grupo meridional mandé,¹⁵³ de modo que pudieron haber conformado una civilización particular, formada, como queda dicho, por centenares de ciudades, de las cuales al menos seis fueron lo suficientemente grandes como para haberse constituido en centros económicos regionales. Lo interesante de estas ciudades es que, a diferencia de otros centros urbanos antiguos, hallados en Mesopotamia, en Egipto o en Mesoamérica, los del delta del Niger contaron, según muestra la evidencia, con una estructura de poder horizontal, en la que apenas hay rastros materiales de élites políticas o religiosas.¹⁵⁴ De hecho, su característico agrupamiento responde, según McIntosh, tanto a las particularidades climáticas y geográficas de la zona (régimen climático variable, inundaciones frecuentes pero impredecibles) como a una distribución del espacio que evolucionó a partir de una peculiar concepción de la autoridad, que puede definirse como resistencia a la centralización y a las jerarquías.¹⁵⁵ Se trata de una comunidad segmentada compuesta mayormente por "especialistas", que de forma voluntaria se asocian para desarrollar su pluralismo empresarial (en términos materiales, ideológicos o simbólicos) en ausencia de un estado, o en oposición al mismo.¹⁵⁶ Esta sociedad urbana de corte heterárquico desafía la idea tradicional de lo que es una ciudad, pues desde los orígenes mismos de los estudios urbanos se entendió la ciudad, entre otras cosas, como el centro de un poder coactivo (en términos políticos, militares, religiosos, fiscales, etc.). En ese sentido, los términos ciudad y estado eran permeables, iban de la mano, eran inseparables. Así lo estableció en 1950 el arqueólogo Gordon Childe en su clásico ensayo "The Urban Revolution",¹⁵⁷ y así lo recalcó 45 años después el historiador Anthony Andrews en su monumental obra *First Cities*, auspiciada por la Smithsonian Institution.¹⁵⁸ Sin embargo, las *clustered cities* del Niger parecen demostrar, según McIntosh, que la ciudad era posible en ausencia de un estado y de unas jerarquías. Se trata del santo grial de los estudios urbanos: la

¹⁵³En este sentido, estaban emparentados con los hablantes de lenguas del grupo septentrional mandé (soninkés), quienes habían originado los asentamientos urbanos del valle de Tichit. Oliver, *African Experience*, 104.

¹⁵⁴R. McIntosh, *Ancient Middle Niger*, 10-18.

¹⁵⁵Anderson y Rathbone, 21

¹⁵⁶McIntosh lo define en inglés como *corporate diversity*. Ver R. McIntosh, *Ancient Middle Niger*, 16; Anderson y Rathbone, 23

¹⁵⁷Vere Gordon Childe, "The Urban Revolution," *Town Planning Review*, vol. 21, núm. 1 (1950)

¹⁵⁸Anthony P. Andrews, *First Cities* (Washington D.C.: Smithsonian Institution Press/St. Remy Press, 1995).

ciudad sin ciudadela.¹⁵⁹ Evidentemente, estos señalamientos han suscitado prolongadas controversias, pero, independientemente de los resultados, cabe esperar un balance positivo, aunque sólo sea por el hecho de que obligará a repensar la ciudad no únicamente desde realidades contemporáneas, sino desde una problematización de sus orígenes. La indefinición no sólo es la condición de la ciudad del presente y del futuro, sino que también puede definir lo que, desde una perspectiva más eurocéntrica, Fustel de Coulanges denominó como "ciudad antigua".¹⁶⁰

Pero volvamos a Yenné-Yeno. Ésta experimentó un florecimiento a partir de mediados del siglo V de la era cristiana, cuando nuevos materiales, como el cobre y el oro, comenzaron a llegar a la región, a la vez que la arcilla sustituía a la paja cubierta de barro cocido como principal material de construcción de sus estructuras. Su perímetro urbano también comenzó a crecer, alcanzando para entonces (siglo V) las 33 hectáreas.¹⁶¹ Este crecimiento continuaría sin parar hasta mediados del siglo IX, cuando el poder del imperio de Ghana comenzó a hacerse sentir en la región. Para entonces, el uso del ladrillo se generaliza y se construyen los muros de la ciudad, de casi cuatro metros de ancho y dos kilómetros de largo. En términos poblacionales, parece ser que la ciudad llegó a contar con entre 7 mil y 13 mil habitantes para finales del primer milenio. La población de las 25 localidades agrupadas en torno a Yenné-Yeno en un radio de un kilómetro sería para ese entonces de entre 15 mil y 27 mil habitantes, mientras que el estimado para los 69 asentamientos (*tells*) de lo que podríamos denominar, salvando las distancias, como el área "metropolitana" de Yenné-Yeno (que ocupa 190 hectáreas) sería de 42 mil personas.¹⁶² A partir de ese áureo siglo IX, la ciudad vivió un apogeo que se extendió hasta el siglo XII, cuando el Islam hizo su entrada en la región.¹⁶³ Para McIntosh, el ascenso de la nueva

¹⁵⁹R. McIntosh, *Ancient Middle Niger*, 10.

¹⁶⁰No obstante, algunas de las categorizaciones de De Coulanges pueden ser aplicadas a la ciudad en su sentido más universal. Por ejemplo, el estudioso decimonónico afirma que "(l)a tribu, como la familia y la fraternidad, estaba constituida para ser un cuerpo independiente, puesto que tenía un culto especial, del que estaba excluido el extraño. Una vez formada, ya no podía admitirse a ninguna nueva familia. Tampoco podían fundirse dos tribus en una sola; su religión se oponía. Pero, así como varias fraternidades se habían unido en una tribu, varias tribus pudieron asociarse entre sí, a condición de que se respetase el culto de cada cual. El día en que se celebró esta alianza, existió la ciudad". Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua* (México: Editorial Porrúa, 1986), 91.

¹⁶¹Anderson y Rathbone, 25-26.

¹⁶²*Ibid.*, 26.

¹⁶³Roderick y Susan McIntosh, "The Inland Niger Delta Before the Empire of Mali...". Según afirma Abd al-Sadi en el *Tarikh es-Sudan* (Historia del Sudán, o Historia del país de los negros), el rey Konboro de Yenné se convirtió al islam en el año 1180.

religión entre la élite local y el choque con las prácticas tradicionales pudieron haber provocado el declive de Yenné-Yeno y el surgimiento de la nueva ciudad de Yenné, desarrollada según patrones más islámicos, además de estar mejor localizada para servir como intermediaria comercial entre los grandes centros del Magreb y de al-Andalus y las fuentes subsahelianas del oro y del marfil.¹⁶⁴ Se habla también de cambios demográficos originados por una mayor extensión de las tierras áridas y por la decadencia de la confederación imperial de Ghana, que, luego de un oscuro período intermedio, daría paso a un nuevo estado imperial conocido como Malí o Malinké.¹⁶⁵ Por estas u otras razones, la nueva ciudad se nutrió de la antigua urbe, así como de otros asentamientos periféricos, que para finales del siglo XIV se habían convertido en pueblos fantasmas. En muchos aspectos, la nueva Yenné sustituyó a Yenné-Yeno como centro comercial, aunque, según cronistas como León el Africano y el mencionado Abd el-Sadi, parece ser que para el siglo XV su función principal era la de actuar como proveedora y facilitadora de Timbuktú, que aparentemente llegó a alcanzar una población de 80 mil habitantes.¹⁶⁶

El despoblamiento de Yenné-Yeno, su hundimiento en las arenas del olvido y su redescubrimiento relativamente tardío (las primeras excavaciones verdaderamente profesionales comenzaron apenas en 1977) hicieron que por demasiado tiempo esta ciudad no figurara en los catálogos de arqueología ni que contara para nada en las elaboraciones de las teorías sobre lo urbano. Sin embargo, Yenné-Yeno ha regresado con una venganza. Nada menos que con la intención de hacer reescribir la historia de la ciudad tal y como la hemos entendido hasta el presente. Se trata, no olvidemos, de un antiguo, sofisticado y extenso centro manufacturero, que formó parte de las extensas redes comerciales transaharianas y que además llegó a controlar el granero del África Occidental, es decir, los fértiles terrenos anegados por las aguas del Níger, que en su punto álgido cubrieron 170 mil kilómetros cuadrados, que es mucho más que los 51 mil kilómetros cuadrados de Mesopotamia y que los 34 mil del valle del Nilo. Nadie puede dudar de las credenciales urbanas de Yenné-Yeno

¹⁶⁴Ibid.

¹⁶⁵Davidson, 93-94, 98.

¹⁶⁶Aunque, en honor a la verdad, Timbuktú también se comportaba como facilitadora de Yenné y de su extensa periferia. Por ejemplo, la sal que llegaba a Timbuktú desde el norte era llevada a Yenné y desde ahí era redistribuida en canoas por toda la región del delta interior. Coquery, 114.

y de su área circundante; por tanto, su existencia nos obliga a proponer nuevos paradigmas, no sólo relacionados con la ciudad, sino con el propio concepto de lo "africano".

Las particularidades urbanas de Yenné-Yeno, que incluyen el hecho de que sus orígenes hayan contado, aparentemente, con poca o ninguna influencia extra-africana, e incluso extra-subsahariana, se prestan para que un buen número de africanistas de distintas disciplinas relacionadas con las ciencias sociales la proclamen como referente material de lo que Valentin Mudimbe, profesor de las universidades de Stanford y Duke, ha llamado "gnosis africana".¹⁶⁷ La posibilidad de que los tradicionales sistemas africanos de pensamiento y sus diversas manifestaciones puedan ser formulados, de forma explícita, fuera de los sistemas epistemológicos occidentales y dentro de la estructura de su propia racionalidad africana ha sido uno de los principales objetivos de muchos estudiosos afrocéntricos, desde George G. M. James y Cheikh Anta Diop hasta el propio Mudimbe. Por tanto, la alegada originalidad de Yenné-Yeno y del resto de los asentamientos del delta interior del Níger podría ofrecerle a esos pensadores y a sus herederos una excelente argamasa gnoseológica con la cual (re)construir unas líneas de pensamientos más "representativas" de la realidad africana.¹⁶⁸

No obstante las satisfacciones que estas construcciones podrían generar, advierto de antemano que esto podría suponer un arma de doble filo. Si Yenné-Yeno y todas las posibilidades que la localidad ofrece son secuestradas por estudiosos afrocéntricos y proclamadas como la piedra angular y fundacional de todo lo que es genuinamente africano,¹⁶⁹ corremos el riesgo de que se fortalezca la noción de que existe una *Sonderweg* africana, es decir, la idea de que existe una particularidad africana, una forma genuinamente africana de hacer las cosas, que difiere fundamentalmente de lo que se constituiría, una vez más, como la norma, en este caso, las civilizaciones del Mediterráneo oriental y central. Entiendo que esta forma segmentada de interpretar y hacer comprender el conocimiento,

¹⁶⁷Ver Valentin Y. Mudimbe, *The Invention of Africa: Gnosis, Philosophy, and the Order of Knowledge (African Systems of Thought)* (Bloomington e Indianápolis: Indiana University Press, 1988).

¹⁶⁸El propio Roderick McIntosh, considerado por el gran público como el "descubridor" de Yenné-Yeno, parece insinuar esta posibilidad en su más reciente obra. Ver R. McIntosh, *Ancient Middle Niger*, 1, 7-10, 27-44, 209-229.

¹⁶⁹En este sentido, uno de los estudiosos afrocéntricos más categóricos es Jacob Carruthers, quien afirma que... "Africans should construct their own modern disciplines based upon the pillars of African traditions. In this sense we do not have to "invent African history" but merely to restore it, to free it from the debris of the European sandstorm which covered it up". J. Carruthers, "The Invention of Africa and Intellectual Neocolonialism" (1996), www.africawithin.com

siempre en términos de "normalidad" y "divergencia", fue superada hace tiempo, y no debería resurgir, ni siquiera en aras de la creación de una epistemología africana que, como he dicho en otras ocasiones, tendría que comenzar por renunciar a la propia idea de lo africano,¹⁷⁰ por tratarse, como han sugerido Mudimbe y Frank Snowden, de un constructo occidental, heredero lejano de la noción egipcio-hebraica de lo "kushita" y de la grecorromana de lo "etíope".¹⁷¹ Es posible que Yenné-Yeno haya sido víctima de la indiferencia con que por mucho tiempo fueron tratados los antiguos centros urbanos subsaharianos en los ámbitos académicos, pero, superada esta etapa de apatía, debemos evitar caer en un segundo error: impedir, mediante el encapsulamiento de sus particularidades, que Yenné-Yeno ocupe el lugar que le corresponde entre las civilizaciones urbanas del mundo antiguo, y que pueda aportar significativamente a cualquier definición verdaderamente universal de lo que es y ha sido la ciudad, si es que tal definición continúa siendo un objetivo para generaciones futuras. De ocurrir así, el original concepto de las *clustered cities*, que bien podría aplicársele a determinados asentamientos urbanos en Mesopotamia e incluso en China, terminaría formando parte de ese inmenso vertedero intelectual compuesto por las llamadas respuestas africanas a tal o cual "norma" mediterránea, mesopotámica, egipcia u occidental.

Quisiera cerrar esta ponencia con una anécdota narrada por Abd al-Sadi en su *Tarikh es-Sudan*. Afirma el cronista que cuando el jefe de la vieja Yenné necesitaba contar con la presencia de alguno de los habitantes de las aldeas cercanas al lago Debo (a una distancia de 160 kilómetros), uno de sus mensajeros se paraba ante las puertas de Yenné y le llamaba en voz alta. Esta voz era escuchada por los habitantes de la aldea o ciudad más cercana, y alguno de los residentes repetía la voz, lo cual desataba un efecto dominó mediante el cual las voces recorrían, en poco tiempo y de localidad en localidad, los 160 kilómetros existentes entre Yenné y las aldeas del lago.¹⁷² Nuevamente los lectores de al-Sadi consideraron este relato como fabuloso y, sin embargo, cuenta con una base legítima, pues

¹⁷⁰Luis Alberto Lugo, "Todo se desmorona. Los problemas de la representación de África y de lo africano", ponencia ofrecida el 30 de noviembre de 2007 en la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. Luis Alberto Lugo, "Los problemas de la representación de África y de lo africano: de la Etiopía de los griegos a las propuestas de Mudimbe", ponencia ofrecida el 12 de febrero de 2009 en la Universidad de Puerto Rico en Arecibo.

¹⁷¹Mudimbe, ix-xii, 1-5

¹⁷²R. McIntosh, *Ancient Middle Niger*, 7-8.

revela la naturaleza de las ciudades agrupadas, tan comunes en el antiguo Níger central.¹⁷³ Este hecho no sólo nos debe invitar a integrar mejor las viejas crónicas en el ámbito de los estudios urbanos, cosa que, afortunadamente, parece estar experimentando cierto auge en los últimos años, sino que nos enseña que aún en condiciones relativamente adversas o difíciles las ciudades representan uno de los más elásticos y originales vínculos entre los medios de que disponen los hombres y los grandes objetivos que éstos se plantean. En ese sentido, la amenaza que el fenómeno globalizador supone para la ciudad tradicional, en términos de transformaciones e indefiniciones, se inserta en una larga cadena de acontecimientos "terribles" y "desestabilizadores", que presumiblemente comenzaron con los frecuentes desbordamientos de los ríos Tigris y Éufrates, y que por tanto han ido moldeando a las ciudades del mundo desde sus más remotos orígenes. La ciudad, como realidad no estática, es capaz de integrar todas las influencias posibles e imaginables, y adaptarlas a su circunstancia de las formas más creativas e insólitas.¹⁷⁴ Las urbes del Sahel occidental no fueron una excepción, ni la ciudad contemporánea lo será tampoco.

Bibliografía

- Anderson, David M. y Richard Rathbone (eds.), *Africa's Urban Past*, Oxford, Gran Bretaña: James Currey, 2000.
- Andrews, Anthony P., *First Cities*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press/St. Remy Press, 1995
- Coquery-Vidrovitch, Catherine, *The History of African Cities South of the Sahara. From the Origins to Colonization*, Princeton: Markus Wiener Publishers, 2005.
- Davidson, Basil, *Africa in History. Themes and Outlines*. Nueva York: Touchstone, 1995.
- De Coulanges, Fustel, *La ciudad antigua*. México: Editorial Porrúa, 1986.
- Gordon Childe, V., "The Urban Revolution," *Town Planning Review* (1950) vol. 21, núm. 1.
- McIntosh, Roderick, *Ancient Middle Niger. Urbanism and the Self-Organizing Landscape*, Cambridge, Gran Bretaña: Cambridge University Press, 2005.
- McIntosh, Roderick y Susan Keech McIntosh, "The Inland Niger Delta Before the Empire of Mali: Evidence from Jenne-Jeno", *Journal of African History*, (1981) núm. 22.

¹⁷³Roderick McIntosh alega haber detectado sobre siete mil asentamientos en toda la región del delta interior. Ver *Ibid.*, 7.

¹⁷⁴Como señaló Milton Santos, la geografía humana no está concluida, sino que sigue en proceso de (re)construcción, pues el mundo al que intenta dar inteligibilidad también se transforma en un movimiento sin cesar. Milton Santos, *Por una geografía nueva* (Madrid: Espasa Universidad, 1990), 257.

DH Cuadernos de Investigación Histórica

- Mudimbe, Valentin Y., *The Invention of Africa: Gnosis, Philosophy, and the Order of Knowledge (African Systems of Thought)* Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press, 1988.
- O'Connor, Anthony M., *The African City*. Londres: Hutchinson University Library for Africa, 1983
- Oliver, Roland, *The African Experience: From Olduvai Gorge to the 21st Century* (2da. ed.). Boulder, Colorado: Westview Press, 2000.
- Oliver, Roland y Anthony Atmore, *Medieval Africa, 1250-1800*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001
- Oliver, Roland y Brian M. Fagan, *Africa in the Iron Age, c. 500 B.C. to A.D. 1400*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- Santos, Milton, *Por una geografía nueva*. Madrid: Espasa Universidad, 1990.